

NUEVAS CONDICIONES EN RUSIA

«Suprimir a la minoría de explotadores, merced a la mayoría formada por quienes hasta hoy eran esclavos del sueldo, es una tarea tan relativamente fácil, sencilla y natural que no implicará un derramamiento de sangre comparable al de suprimir los alzamientos de esclavos, siervos y asalariados en otro tiempo»¹.

Un siglo tan próspero como el XVIII se despidió con el pronóstico paranoico de Malthus, y el XIX —la centuria más creativa y menos castigada por guerras de la historia occidental— con la esperanza apenas menos delirante de una sociedad donde el resentimiento será superado aboliendo la competencia. «Es indudable que tras una pequeña práctica los obreros gestionarán más eficazmente la producción que los capitalistas», dice entonces Bertrand Russell, una de las personas menos dispuestas del planeta a promover la venganza de los últimos sobre los primeros que caracteriza la Restitución.

La producción no se transformó en desarrollo industrial merced a una entelequia como el capitalista, sino en virtud de alguien sociológica y psicológicamente tan concreto como el empresario; pero nadie acertó a distinguirlo del rentista, el terrateniente y el banquero a lo largo de todo el siglo XIX, y el criterio de gente tan benévola como Russell demuestra que sigue habiendo allí un ángulo ciego al despun-

¹ Lenin, *El Estado y la revolución* (1917).

tar el xx. Paralelamente, ha ido ganando adeptos el criterio de pacificar la vida con lo opuesto a la competencia, y cuando los bolcheviques triunfen en 1918 habrá tiempo y medios para verificar hasta qué punto es viable la autogestión de masas solidarias.

Aunque sea solo provisionalmente, se cierra así un bucle de reorientación creado por reacciones sucesivas ante el trabajo. Hesíodo y Solón, los testimonios occidentales más antiguos², ven en él la fuente principal de dignidad y cumplimiento, una bendición que permite al «hombre común» ser heroico sin recurrir a hazañas bélicas. La leyenda de Eva y Adán, en cambio, lo considera la principal maldición humana, sin duda porque en el mundo mediterráneo empezaba a imponerse su prestación involuntaria³, a través de una sociedad esclavista que escinde *otium* y *negotium*, reservando lo primero al bien nacido. La sociedad comercial demolió poco a poco ese inmovilismo a través de adictos al trabajo voluntario, presididos por el diligente puritano, y es en la segunda mitad del siglo XIX cuando el *workaholic* aparece denunciado por primera vez como prototipo del agonismo burgués. Lafargue argumenta entonces el derecho a la pereza, interpretando en esos términos lo que su suegro Marx ha planteado al definir la sociedad comunista como aquella orientada a lograr el «mínimo de trabajo social».

Por lo demás, nadie discutió nunca la conveniencia de mecanizar lo rutinario, y hasta 1917 el sindicalismo marxista coincidió con el tradicional al reivindicar no solo estándares de higiene y seguridad en el lugar de trabajo sino jornadas progresivamente menores, manteniendo una correlación entre salarios y precios. Habrá ocasión de ver cómo cambiaron las condiciones concretas del trabajo al surgir la URSS, pero en términos inmediatos el triunfo de la revolución torna insignificante todo ese orden de cosas. El derecho a la pereza, antes contrapuesto a la agotadora competitividad, se identifica con el ideal burgués por definición, y la propia idea de trabajar lo mínimo colapsa al mismo tiempo que la propiedad privada. Cuando ilegalizarla empieza a parecer factible, durante el verano de 1917, Lenin entiende que la guerra

² Véase antes, págs. 23-24.

³ *Tripalium*, el aspa de tres palos usada para crucificar a esclavos rebeldes, es la raíz etimológica de *trabajo* y *travail*. El *work* inglés y el *werk* alemán apuntan a «actividad», como el *ergon* griego.

ha convertido las economías en una única máquina tan centralizada como simple, «susceptible de ser dirigida por cualquier cocinera»⁴, gracias al «tremendo desarrollo de las fuerzas productivas derivado de la expropiación»⁵.

Para la sociedad comunista el camino es una «movilización total», intuida ya en 1905 por los primeros carteles dedicados al bolchevique anónimo, un sujeto de dimensiones invariablemente ciclópeas que se perfila sobre el medio urbano como Gulliver sobre Liliput. Es a todos los efectos un titán filantrópico que firma un pacto fáustico con la industria pesada, en el cual los intelectuales no colaboran como dirigentes sino como comisarios populares. En 1914 el poema *Creecemos del hierro*, escrito por el bolchevique A Gastev, «Ovidio de los metalúrgicos», describe cómo un obrero crece desmesuradamente sintiendo fluir sangre ferruginosa por sus venas, y en 1921 —cuando dirige ya el Instituto Central del Trabajo— prevé que:

«en el nuevo mundo las máquinas pasarán de ser manejadas a convertirse en gestoras, haciendo que el movimiento obrero acabe siendo similar al de las cosas, en las que no hay rostros individuales sino pasos uniformes y regulares, no impulsados por un grito o una sonrisa sino por el regulador de presión y velocidad»⁶.

Lukács, comisario de Cultura en la breve República Soviética Húngara (1919) y Aristóteles del marxismo, describe al proletario agigantado por la expropiación como alguien que «aterroriza al mundo para salvarlo»⁷. Pero la reflexión en profundidad sobre esta figura se hace esperar hasta *El Trabajador* (1932) de E. Jünger, donde se le atribuye «movilizar el mundo a través de la técnica»⁸. Publicado cuando el primer Plan Quinquenal soviético acaba de cumplirse superando largamente todas sus expectativas, el ensayo describe «el tránsito de la democracia liberal al Estado de trabajo» y soslaya

⁴ Lenin, en Priestland, 2010, pág. 100.

⁵ *El Estado y la revolución*, 5, 4. Cito la versión sin paginar del MIA.

⁶ Gastev, citado en Priestland, 2010, pág. 108. El *1984* de Orwell se inspira indirectamente en Gastev, leyendo la sátira dedicada al Instituto Central del Trabajo por su contemporáneo E. Zamiatin.

⁷ Eso dice en *La montaña mágica* de Thomas Mann, donde aparece como uno de sus personajes, Leo Naphta.

⁸ Jünger, 1990, pág. 147.

la especialización del coloso fabril en su faceta nazi, fascista y bolchevique, destacando que lo común a todas «no es tanto un pensamiento nuevo cuanto una realidad nueva»⁹: potencias telúricas desplazan del escenario al Burgués, «para quien lo elemental es lo irracional y, por tanto, lo inmoral»¹⁰. Tras «las tempestades de acero» desatadas por la Gran Guerra, su perspectiva pasa a segundo plano en función de un «movimiento superlativo efectuado con rigor impersonal, donde cintas de masas mecánicas desfilan reguladas por control remoto». La sociedad burguesa ha perdido vitalidad, y por un camino u otro el Trabajador «purifica la atmósfera de la ciénaga con explosiones»¹¹.

En efecto, al oído de Europa solo llegan soluciones «totales», ofrecidas por partidos que se odian mortalmente aunque tengan reglamentos internos idénticos, pues la contienda ha creado una cuenca de atracción donde ningún curso esquiva el sino de desembocar en reyes-mesías como Lenin, Mussolini, Pilsudksi, Stalin y Hitler. Todos explotan la propaganda como troquel de reflejos condicionados, todos orquestan fiestas de exaltación colectiva donde la magia recurrente es una masa capaz de moverse con la coordinación del individuo, y su única diferencia sustantiva es hacer o no explícito el odio al pueblo judío.

Empecemos atendiendo a este colectivo, que ha ido experimentando una escalada de discriminaciones y violencias paralelas al crecimiento del Imperio ruso. Su drama se remonta al Decreto de Asentamiento promulgado por Catalina la Grande en 1791 —cuando la guillotina empezaba a ser el gran protagonista de la política francesa—, y la presión de la Iglesia ortodoxa les conmina a convertirse, o no

⁹ *Ibíd.*, pág. 15. En la nueva realidad «podrá hablarse otra vez del orden y la subordinación, del mando y la obediencia» (pág. 224). Los Planes rusos calcaron en términos propagandísticos las Batallas libradas en Italia por Mussolini desde 1922 (batalla por el grano, batalla por la tierra no pantanosa, etcétera).

¹⁰ *Ibíd.*, pág. 52.

¹¹ *Ibíd.*, pág. 233. Desde *La lucha como vivencia interior* (1920), escrito poco después de alistarse voluntario a los 19 años, Jünger se consiente actitudes de héroe militar revanchista, que enmendará en *La emboscadura* (1951). Pero *El trabajador* tampoco descarta «un salto en falso», y entiende que «está aún por llegar el descubrimiento del trabajo como elemento de justicia y libertad» (pág. 275). No es por eso tanto una loa al totalitarismo como la constatación de que todo se orienta hacia una nueva guerra mundial.

salir de ciertos confines marcados por la antigua comunidad lituano-polaco-ucraniana, situada entre el Báltico y el Mar Negro¹².

I. ENTRE LA EMINENCIA Y EL POGROMO

Decretos equivalentes —cuando no más severos— se promulgaron en Europa occidental tres siglos antes, precedidos por el de los Reyes Católicos en 1492, y quienes no pudieron refugiarse entonces en Holanda, Turquía y el norte de África emigraron a las cuencas del Vístula y el Don, donde sefarditas y sobre todo ashkenazis se multiplicaron a despecho de vivir en tierras castigadas por el clima, el atraso y un bandidaje endémico. A tal punto es así que hacia 1890 allí está el 40 por ciento de toda la etnia, unos cinco millones de individuos¹³. Sin ser halagüeña, la vida iba ofreciendo algunos alivios —como excepciones ocasionales al régimen de inmovilidad geográfica— hasta que Voluntad Popular mate a Alejandro II en 1881. «Cundió entonces el rumor de que el zar había sido asesinado por judíos y que el Gobierno autorizaba atacarlos, mientras los pogromos recibían inicialmente el apoyo de algunos círculos revolucionarios, a cuyo juicio formaban parte del despertar de las masas»¹⁴. Las autoridades no se decidieron a castigar esas agresiones hasta un cuarto de siglo después, en 1906.

¹² Precisamente los territorios que el tratado de Brest-Litovsk (1917) cede a las Potencias Centrales, atendiendo a lo que Lenin llama «derrotismo revolucionario», pues rendirse ante el enemigo externo permite concentrarse en la guerra contra el interno.

¹³ Cf. *Jewish Virtual Library* (JVL). Crecer demográficamente fue una hazaña inseparable de espíritu frugal de cultivar a fondo la caridad (*tzedakah*) y de que cada aldea tuviese una o varias personas llamadas a lograr formación superior —los «estudiantes»—, alimentados lo mejor posible haciendo que sus comidas correspondiesen cada día a una familia distinta. Esa apuesta por la formación, a costa de cualquier sacrificio, salvó a un pueblo virtualmente aniquilado tras sus guerras contra Roma, que cargaría poco después con la persecución eclesiástica; sobre el desarrollo de dicha actitud en la Edad Media, véase vol. I, págs. 158-160.

¹⁴ Cf. JVL, «pogroms». En enero del año siguiente todos los judíos de Moscú —unos 2.000, algunos bien establecidos como comerciantes y agentes de cambio y bolsa, muchos otros carentes hasta de ropa adecuada para soportar el viaje— son deportados al Área de Asentamiento. Deben partir a toda prisa en trenes donde se hacen como ganado y pierden todo cuanto no puedan llevar consigo, ofreciendo así al Zar y a sus funcionarios un enorme botín. Por supuesto, incautar es el cebo recurrente de los pogromos desde la Antigüedad.

Ese año el zar Nicolás las prohíbe al fin, respondiendo a una campaña mundial de denuncia y a la presión decisiva de Inglaterra y Estados Unidos, dos países vitales como importadores y exportadores, a quienes abruma el flujo de inmigrantes justificado por la persecución. Del total, que se calcula en unos dos millones, quizá la mitad escapa entre 1906 y 1914, cuando los pogromos cesaron, pero casi cualquier espacio sigue siendo preferible a la jaula rusa. Las persecuciones cristianas, iniciadas tras el Edicto de Milán (414), fueron añadiendo al cargo de matar a Jesús¹⁵ los más variados pretextos, y entre ellos el «libelo de sangre», según el cual los judíos asesinan a niños pequeños para confeccionar su pan de Pascua «favorito». Esta acusación produjo 150 procesos registrados e innumerables rumores, todos ellos fuente de masacres más o menos amplias en su día, y es el origen de cuatro santos infantiles¹⁶.

Con Hitler y Stalin las atrocidades alcanzaron dimensiones tan monstruosas que acabó prosperando una explicación puramente pasiva, como si borrar cualquier dato no acorde con ella evitara el cliché antisemita, en vez de alimentarlo con fantasías conspirativas. Los hechos sociales, insistía Weber, se explican invariablemente a través de hechos sociales previos, y nunca podrá destacarse bastante que los rencores modernos parten de un renacimiento del pueblo judío solo comparable con el que unos dos milenios antes le convirtió en la tercera nación del mundo helenístico, «poderosa en todas partes aunque no asuma el poder político en ninguna»¹⁷. Son hitos en este segundo renacimiento el hecho de que Ámsterdam encargue a Spinoza argumentar el liberalismo democrático, y que cuatro décadas más tarde —cuando Londres empiece a heredar el liderazgo financiero de Holanda— Cromwell derogue en Inglaterra su estatus de comunidad discriminada.

A partir de entonces, tanto allí como en ultramar las congregaciones judías progresan de modo análogo a las Iglesias inconformistas

¹⁵ Sobre ese criterio véase vol. I, págs. 157-159.

¹⁶ Concretamente san Guillermo de Norwich, san Huguito de Lincoln, san Simón de Trent y san Gravríl Belostoksky, este último para la Iglesia ortodoxa rusa. El pequeño san Simón fue descanonizado en el siglo XX, al descubrirse fraudes en su proceso de beatificación; cf. Laqueur, 2006, pág. 56.

¹⁷ Mommsen, 1998, vol. IV, pág. 558. El censo del año 46 —ordenado por el emperador Claudio— cifra su población en unos siete millones, cifra parecida a la que tenía dieciocho siglos después.

(*dissenter*), cuyo florecimiento se apoya en una combinación de independencia con grados excepcionales de cohesión ética y productividad material. Característico de los cuáqueros establecidos en Pennsylvania y Nueva York a principios del siglo XVII, este rasgo define también a los sefarditas establecidos en Nueva Inglaterra y Luisiana a principios del XIX. No menos relevante para la historia ulterior será su renovación teológica¹⁸, que incluye un movimiento interno de reforma —el judaísmo «liberal» o reformado¹⁹— y una reacción tradicionalista, cuyo afán de recobrar las costumbres acaba invirtiendo el equivalente a miles de millones actuales en volver a Palestina, gracias a dos genios de las finanzas.

El sefardita Judah Touro (1775-1854) —que solía decir «ahorré una fortuna economizando estrictamente, mientras otros despilfarraban las suyas»— fue el mayor filántropo norteamericano de su tiempo, y financió el primer asentamiento de emigrantes en Jerusalem. Contó para ello con el apoyo decisivo de sir Moses Haim Montefiore (1784-1885), que además de bróker fue sheriff de Londres y acabó elevado a la nobleza por la reina Victoria en premio a múltiples servicios, entre ellos uno tan transcendental como el préstamo que permitió abolir la esclavitud en todo el Imperio británico (1835), avalado por él y Lionel Rothschild²⁰. Los mismos protagonistas logran que el premier Disraeli se haga con el control del canal de Suez en 1875, poniendo en mar-

¹⁸ Desde principios del siglo XVIII las escuelas rabínicas se multiplican de modo espectacular, fundando nueve «dinastías mayores» (cuatro en la actual Ucrania, tres en la actual Polonia) y una veintena de «menores», todas ellas en torno a «un maestro que no nombró heredero espiritual».

¹⁹ Su tesis es que la Ley mosaica —llena de prohibiciones rituales— debe interpretarse como un grupo de criterios generales, no como una lista de preceptos obligatorios. En la actual Norteamérica, con casi siete millones de judíos, más de un millón son reformados, según la *Jewish Encyclopaedia*.

²⁰ Fueron resarcidos unos 5.000 dueños de plantaciones gracias a 20 millones de libras, equivalentes a casi la mitad de todo el gasto anual del Gobierno. Entre las aportaciones de Ricardo mencionamos su pionero estudio sobre una devaluación imperceptible de la libra, medida por la reevaluación del oro en lingotes, un hallazgo teórico no independiente de trabajar para Montefiore y los otros once brókeres judíos que —junto con Abraham Mocatta, «el magnate del lingote»— eran las grandes firmas de la City. Por entonces ningún importador-exportador inglés se acercaba tampoco a Levi Barent Cohen, otro genio oriundo de Holanda, de quien se dice que casó a sus hijas tan bien (entre ellas, una con Montefiore y otra con Nathan Mayer Rothschild) que toda familia inglesa de alto rango es pariente suya.

cha la expansión imperial británica en Oriente Medio y África²¹. Cuando Montefiore cumple lúcidamente los cien años Inglaterra celebra el evento como una fiesta nacional, mientras su nombre se añade al de Touro en el Libro de la Filantropía custodiado por los colonos de Knesset Yisrael, reunidos junto al gran molino que les regaló «para asegurar siempre su pan al pobre»²².

1. Judíos revolucionarios. El filosemitismo anglosajón responde en última instancia al valor crucial del crédito para desarrollar la inventiva técnica, un campo donde el judío no brilla tanto como en finanzas y teoría científica²³. Hasta el último tercio del siglo XIX también le había protegido de la xenofobia ser ajeno a la causa principal de discordia —el fervor nacionalista del romántico—, y mantenerse como *outsider* en política. Pero esto se torna cada vez más problemático en Europa central y oriental, la única zona del mundo donde puede superar en algunos municipios el 15 por ciento del censo. Allí todo invita a lo contrario, empezando por un servicio militar obligatorio pensado para cristianizar que durante medio siglo apenas induce el bautismo del 2 por ciento. En 1903 muchos acusan a los reclutas judíos de «corromper a Rusia con propaganda socialista»²⁴, pues entre las jefaturas revolucionarias hay una proporción muy alta de la etnia, aunque el terrorismo empezase siendo obra de eslavos exclusivamente. Un año después de que asesinar al zar liberal abra la caja de los truenos, el médico ruso L. Pinkster (1821-1891) redacta su lúcida *Autoemancipación*:

²¹ En una carta de 1851, Disraeli exclama: «¡Quien restaure la raza judía en su país será el Mesías, el salvador efectivo de la profecía!». A despecho de ser un anglicano practicante, había nacido en un hogar sefardita y acariciaba la idea de ser él ese enviado.

²² Montefiore, que en sus siete viajes a Palestina iba acompañado por con un marife para asegurarse carne ritualmente pura (*kosher*), añadió a los asentamientos urbanos importantes extensiones de tierra cultivable. De su seguridad en sí mismo habla una anécdota ocurrida al parecer en palacio, cuando un cortesano comentó que acababa de volver de un Japón «donde no hay ni cerdos ni judíos». Montefiore repuso: «Volvamos juntos, y tendrán muestras de ambas cosas».

²³ Hay a primera vista una proporción inferior de genios ingenieriles, si se compara con la de banqueros, comerciantes y genios conceptuales como Freud, Einstein, Feynman, Prigogine o Mandelbrot.

²⁴ Cf. yivoencyclopaedia.org, que no solo ofrece una información muy pormenorizada sobre los judíos en el ejército ruso sino un amplio aparato gráfico.

«Como el judío no está en casa en parte alguna, nacer en un país no le evita [...] ser un cadáver para los vivos, un extraño para el nativo, un vagabundo para el establecido, un mendigo para el propietario, un explotador y un millonario para el pobre, un apátrida para el patriota y para todos un rival odioso»²⁵.

En efecto, las persecuciones religiosas remiten con la secularización, pero solo para convertirse en odio racial al calor del paneslavismo. Coincidiendo con asociaciones locales de autodefensa, como las que surgen en Odessa, Kiev y otras ciudades, Pinkster funda con más amplias miras la Sociedad de Apoyo al Granjero Judío, cuyos 4.000 miembros acabarán enviando los diez primeros colonos a Palestina, los *bovevei Zion*. Su neutralidad política permite inscribirla como fundación legal, y lograr eventualmente una mediación del gobierno ruso ante las autoridades otomanas, que controlan entonces Palestina. Dicha colaboración no dejará de parecerle indeseable a los neopopulistas (*neonarodniki*) del Partido Social-Revolucionario, que ahora cuentan con no pocos líderes de ascendencia judía y tras varios intentos logran asesinar al ministro del Interior, V. von Plehve, días después de haberse entrevistado con el presidente del Congreso Sionista, Th. Herzl.

Pero antes de que surja el neopopulista lo ha hecho el *Bund* rusopolaco, o más precisamente la Asociación de Trabajadores Judíos²⁶ fundada por el matemático Arkadi Kremer (1865–1935), que inaugura en esos confines el socialismo democrático²⁷. En 1897, al nacer, es un movimiento diez veces más numeroso que *Narodnaya Volya*, formado por unos mil varones y unas quinientas mujeres, y entre julio de 1903 y julio de 1904 soporta impertérrito la detención de 4.467 activistas²⁸, manteniendo también en cárceles y calabozos ese tercio femenino que lo convierte en el grupo político más avanzado del mundo en cuanto respecta al género. Entiende también que el socialismo internacionalista es lo único consecuente con la «nación» judía, y se muestra dis-

²⁵ Pinkster, 1882, cf. mideastweb.org/autoemancipation.

²⁶ En homenaje a la Asociación de Trabajadores Alemanes, fundada por Lassalle en 1863.

²⁷ En efecto, Bakunin, Lavrov, Chernishevski, Nechayev, Tkachov y Pisarev —el propio Lenin más adelante— se declaran socialdemócratas, pero su culto a alguna elite autoelegida descarta la democracia. Herzen, Kropotkin, Axelrod y Plejanov fueron quizá las únicas excepciones a esta sostenida preferencia por el absolutismo.

²⁸ Cf. Minczeles, 1995, pág. 119.

puesto a colaborar con cualquier fuerza política democrática mientras respete su «autonomía cultural»²⁹.

El prestigio y la influencia de Kremer parten del panfleto *Sobre la agitación* (1893), redactado a dos manos con el joven Yuliy Osipovich Tsederbaum (1873-1923), más conocido por su alias Martov, donde en vez de invitar a la violencia argumenta por qué el terrorismo es odio estéril, pero por qué tampoco vale cruzarse de brazos ante la opresión. Lejos de ser suficiente hacer prosélitos y propaganda del cambio, producirlo exige «agitar» mediante una coordinación de huelgas con manifestaciones, que el Bund pone en marcha y eventualmente culmina con el envite revolucionario de 1905, donde llega a movilizar 400.000 huelguistas en Polonia y 2.000.000 en Rusia. Curtido por años de aprendizaje con Kremer, Martov se convertirá en el único teórico socialista comparable con Bernstein por cultura y ecuanimidad, líder del ala menchevique hasta verse forzado al exilio³⁰.

En 1898 el Bund es el grupo más numeroso con mucho de los que firman el acta fundacional del Partido Socialdemócrata Ruso (PSDR), y lo hace en principio como representante único de los trabajadores de su etnia, aunque desde entonces muchos otros se incorporen a título individual, sobre todo los no establecidos en la Zona de Asentamiento. Para entonces el Bund ha pasado a entender que el sionista practica el escapismo, y coincide con la vieja guardia socialdemócrata —Plejanov, Zasulich, Axelrod— en que lo primordial del programa político es garantizar derechos civiles. Sería excelente añadir a ello una nacionaliza-

²⁹ Entre los hallazgos de Kremer estará un sistema de criptografía y una codificadora que el movimiento revolucionario ruso usará ampliamente. El otro gran líder bundista fue Mikhail Goldman (1880-1937), «Mikhail Liber», que acabaría fusilado por Stalin. Solo ser amigo y cuñado del fundador de la Cheka, F. Dzerzhinsky, le evitó sucumbir mucho antes.

³⁰ Compañero de Lenin desde la Universidad, ambos fundan en 1895 una Liga por la Emancipación de la Clase Trabajadora que les vale un común destierro a Siberia durante tres años. Sin embargo, Martov es hijo de un comerciante judío próspero aunque vulgar, y resulta enviado al círculo Ártico. Lenin, cuya madre es hija de judío converso pero cuyo padre ha ascendido al rango de aristócrata rural, es enviado más al sur, a la llamada «Siberia italiana». La enormidad del país no evita que sea también un pañuelo, y el padre de Kerensky —cuyo hijo gobernaba hasta ser derrocado por el golpe de Lenin— no solo es el director del Instituto donde éste estudia sino quien premia su graduación escolar con la medalla de oro, en atención a ser «religioso y racionalmente disciplinado»; cf. Priestland, 2010, pág. 90.

ción de los medios productivos, pero esto ya no depende del PSDR sino de la voluntad mayoritaria.

2. Judíos terroristas. Justamente lo contrario piensan los revolucionarios de corte mesiánico, tanto el grupo que empieza a formar Lenin como los renovadores del Voluntad Popular, cuyo núcleo inicial es un Partido Obrero para la Liberación que coincide cronológicamente con el PSDR y se forma en Kiev con unos sesenta miembros, casi todos de ascendencia judía. Sus arquitectos son «la gran abuela misionera» Caterina Breshkovsky³¹ (1844-1934) y el farmacéutico lituano Grigori Gershuni (1870-1908), un nuevo apóstol de «intimidar incondicionalmente al autócrata»³² cuyo manifiesto *Sobre la libertad* funda en 1899 el Partido Social-Revolucionario o eserista (PSR), relanzando la línea abandonada doce años antes al desaparecer la célula dirigida por el hermano de Lenin, Alexander Ulianov. El *Kombat* de Gershuni, brazo militar del PSR, recluta a buena parte de sus cuadros entre miembros de su etnia³³, y saca adelante una campaña terrorista sin remoto paralelo en los anales del mundo conocido, percibida desde el Oeste como resultado de la represión zarista.

En realidad, el retorno a los métodos de Perovskaya y Zhelyabov debe atribuirse más bien a que el país está volviendo a modernizarse tras la regresión impuesta por el asesinato de Alejandro II, a despecho

³¹ Parecida a Blanqui por sus largas estancias en prisión, se convirtió al bakuninismo coincidiendo con el decreto emancipador de los siervos (1861), al entender que «privaba a los campesinos de protección, condenándoles a recoger migajas y cortezas de árbol para sobrevivir, sin poder guisar nunca» (Breshkovsky, 1918, págs. 69-70). Ministra de Cultura en el breve gobierno de Kerensky, una carta suya del 23/6/1917 menciona a los bolcheviques como «unos pocos embebidos por ideas alemanas» (ibíd., pág. 319). En esa misma misiva aclara que «el país arde en felicidad, aunque nuestro déficit crezca cada día en 40 millones de rublos».

³² Hijo de un pequeño comerciante judío, Gershuni escapó oculto dentro de un barril en 1906, y hasta sucumbir a la tuberculosis vivió sus últimos años dando conferencias por América y Europa. Al llegar a Boston cuenta Breshkovskaya que «mi querido niño fue aclamado por una gran multitud de rusos y judíos», obteniendo entre otros apoyos el de Jane Addams, futuro premio Nobel de la Paz y líder suprema del movimiento progresivista norteamericano. Como la actitud de Bertrand Russell hacia Lenin, la de Addams hacia Gershuni muestra hasta qué punto el pacifismo anglosajón simpatiza en aquellos años con el revolucionario ruso antiliberal.

³³ Cf. Hildermeier, 2000, págs. 35-36. En Bielorrusia, donde empieza a diseminarse, el porcentaje de judíos es del más alto del Imperio, y la propaganda inicial de Gershuni se concentra en sublevar a ese preciso sector de la población.

del cerril Alejandro III y de su incompetente sucesor, Nicolás II. Las condiciones generales se han envenenado un grado más tras la bochornosa derrota en la guerra con Japón y el conato revolucionario de 1905, cuando dos primeros ministros aptos y honrados como S. Witte y P. Stolypin intentan en vano liberalizar e industrializar al país, rectificando el rumbo de huida hacia adelante impuesto por la Triple Alianza y los preparativos de una guerra expansionista.

Comprendiblemente, a la prensa occidental le parece atroz que entre 1905 y 1913 los tribunales extraordinarios creados en Rusia para hacer frente a la disidencia ejecuten a 3.284 personas, entre ellas 683 por sedición militar; pero no obtiene un espacio análogo en sus noticias que el *Kombat* asesine a más del doble en bastante menos de la mitad de tiempo —concretamente 7.293 entre 1906 y 1909—, y deje mutiladas a otras 8.016 durante el mismo periodo, con una media superior a tres víctimas diarias. El éxito de Gershuni, que ha pasado a mover millares de zelotes, se apoya aparentemente en combinar la lucha contra la autocracia con venganzas a cuenta de pogromos instigados por el Gobierno³⁴, si bien dicha instigación cesó en 1906, y la realidad es tan abyecta como su mano derecha Yevno Azev (1869-1918), a quien defenderá hasta el fin de sus días. Azev, fallecido de muerte natural en Alemania, nació en un hogar judío muy pobre y simultaneó desde 1899 a 1908 la dirección del PSR con el sueldo de agente número uno de la policía política (*Ochrana*).

Entre otros innumerables atentados organizó el de Stolypin (1887-1911), uno de los tres estadistas rusos más eminentes de todos los tiempos según las encuestas actuales, que ya en 1906 había perdido una hija —quedando malherida otra— en un asalto con bomba. Su ejecutor será otro hombre doble como Mordekhai Bogrov, vástago de una próspera familia judía, anarquista por una parte, agente de la *Ochrana* por otra y representante también de los intereses más retrógrados, que odian al Primer Ministro por su inclinación al parlamentarismo y su energía reformista³⁵. Hasta que Stolypin tome las riendas del gobier-

³⁴ D. Sypiagin y von Plehve, dos ministros de Interior, caen asesinados por ese expreso motivo, cuando al menos el segundo se esforzaba por desactivar el antisemitismo, colaborando con el movimiento sionista de Pinkster.

³⁵ Solzhenitsyn explora en su novela *Agosto de 1914* las conexiones de Bogrov y Azev con el inmovilismo, dando pleno crédito a una conspiración cuyas ramificaciones llevan finalmente a la propia Corte. Stolypin, que está junto al monarca cuando recibe

no, y cree los tribunales especiales, la saturación del sistema penitenciario hace que muchos detenidos entren por una puerta y salgan por otra, para evitar que la superpoblación suscite motines y fugas masivas. Atribuirle responsabilidad por el baño de sangre es tan demagógico como ignorar que el enemigo del pueblo ruso —y del pueblo judío— no es el cuerpo de policía, sino la variante de zelote representada por sujetos como Azev, Bogrov o el propio Stalin, que según veremos simultaneó las mismas funciones de terrorista e informante a sueldo de la Ochrana.

II. LA EVOLUCIÓN POLÍTICA

Por lo demás, más allá de temperamentos particulares está la singularidad nacional representada por el propio Zar, un dios mundano que para Occidente agoniza desde la Constitución americana de 1787, cuando el tránsito de la escasez a la abundancia empezó a coordinarse con gobiernos cada vez más democráticos; pero que en los confines del Imperio ruso evoca sentimientos encontrados, cuando no adhesión incondicional. A principios del siglo XX tiene allí arraigo suficiente para reclutar *narodniks*, *neonardniks* y en último término bolcheviques, todos ellos sacerdotes al servicio de un absolutismo realmente satisfactorio, cuando la modernización amenaza entronizar la suerte y la competencia olvidando la justicia debida al infeliz.

La emancipación de los siervos, por ejemplo, fue recibida entusiastamente en 1861 por gran parte del país, discutiéndose solo el precio fijado para redimir las distintas tierras, y el entusiasmo volvió a desbordarse en 1906 cuando Stolypin condonó las últimas cinco anualidades. La estabilidad y el desarrollo del país dependían de que naciese una clase media campesina simbolizada por los *kulaks*³⁶, y tan pronto como en las comunas locales cada miembro pudo privatizar su

dos balazos, se abre tranquilamente el chaleco para contemplar la herida peor y sentencia: «Me hace feliz morir por el Zar».

³⁶ Ese propietario rural de tamaño medio —el más eficaz en términos de explotación agrícola, como demostraba la experiencia de toda Europa y América— fue objeto del genocidio más sistemático tras el triunfo de la revolución, como veremos, pues era el grupo menos proclive a la colectivización, y el más capaz de acumular reservas en forma de alimento y combustible.

parte los rendimientos se multiplicaron, permitiendo al granjero ruso demostrar que era capaz de competir con los de países desarrollados.

A consecuencia de ello «los más aptos empezaron a comprar tierras de los menos aptos y éstos acabaron dispuestos a tomar parte en cualquier estallido revolucionario»³⁷, aunque el nivel de vida en el campo creció de modo espectacular, gracias también al tirón de la demanda unido al desarrollo industrial, pues el salario del obrero fabril doblaba o triplicaba los jornales del bracero agrícola. El resentimiento de unos podría haber sido superado por la prosperidad de otros, si la pasión absolutista no hubiese tenido entretanto las manos libres para seguir maquinando la exportación del malestar en forma de guerras exteriores, pues lo mismo que mantuvo tasas feudales de aprovechamiento en el agro sostenía un ejército sin pericia ni equipo, temible solo por su «ingente número». Llegado el momento, ese desprecio por el progreso técnico impuso movilizar el 37 por ciento de la población masculina en edad laboral, cosa que no solo suponía morir en masa³⁸ sino desatender granjas y fábricas, provocando casi de inmediato tasas de inflación próximas al 100 por ciento anual, y un pan prohibitivo para todos.

Pero esto adelanta acontecimientos que solo se matizan atendiendo al panorama político, un asunto abandonado tras mencionar el nacimiento del Bund (1897), el del PSDR un año más tarde y el del PSR en 1901, porque los demás partidos no surgen hasta el alzamiento de 1905, cuya principal consecuencia es precisamente que Nicolás II admita cierto grado de pluralismo. Como sabemos ya algo sobre la campaña intimidatoria del PSR, bastará añadir que tras el liderazgo inicial de Gershuni sus cabezas fueron el marxista heterodoxo V. Chernov (1873-1952) y el laborista A. Kerensky (1881-1970), dos ideólogos comprometidos también con el populismo paneslavo³⁹. Mucho más

³⁷ Cf. Russian Revolution of 1917, en funfront.net. Para una visión esquemática, esta página (consultada en 12/9/2012) destaca por precisión y ecuanimidad. La obra de referencia en profundidad es Pipes, 1990.

³⁸ Los dos primeros años de guerra se cobran casi cuatro millones de muertos, los dos segundos casi diez.

³⁹ El primero dirige desde el exilio *Rusia Revolucionaria*, la revista del Partido, entendiendo por ejemplo que el campesino es «el cuerpo de ejército» de la clase revolucionaria, mientras el proletariado constituye su «vanguardia». El segundo funda la rama fabiana del PSR, y ambos ocupaban los más altos cargos hasta producirse el alzamiento bolchevique. Kerensky fue ministro de Justicia y luego jefe del Gobierno

decisiva para la historia rusa es la evolución del PSDR, que acabaría convertido en PCUS gracias a Vladimir Ulianov (1870-1924), Lenin, vástago de una familia venida a más, en cuya fisonomía predomina el ascendiente mongol a despecho de incluir una notable variedad étnica⁴⁰.

1. Ortodoxos, revisionistas y leninistas. Tan infiltrada está ya la izquierda en 1898, al fundarse el PSDR, que casi inmediatamente después todos sus delegados son detenidos. La industrialización es entonces un fenómeno incipiente, hasta el punto de que solo el 3 por ciento de los asalariados rusos resultan ser operarios fabriles, y quienes crean este partido dan por inevitable «una revolución burguesa previa». Sin el tránsito de estructuras feudales a comerciales no llega a surgir el *proletarius* de Sismondi, ni existe un sostén físico para la socialización de la propiedad y los medios productivos que reclama como «clase». Incluso Lenin, uno de los miembros más antiguos del PSDR, coincide en la necesidad de que esa franja social se multiplique, aunque cuatro años después su panfleto *Qué hacer* (1902) se niega a coexistir, y mucho menos pactar, con la clase media.

Un análisis del agro ruso le sugiere que la socialdemocracia puede y debe pactar exclusivamente con «el campesinado revolucionario», una idea adoptada a despecho de que su amigo Martov no comprenda a quién se refiere en particular, pues los campesinos son especialmente afectos a la propiedad privada⁴¹. En cualquier caso, no está dispuesto

Provisional; Chernov fue ministro de Agricultura con Kerensky, y presidió luego la Asamblea Constituyente.

⁴⁰ El padre de Lenin nació en el hogar de un sastre iletrado y muy humilde, tártaro o calmuco al igual que su esposa. Una beca le permitió hacerse profesor de matemáticas y ascender al rango de gentilhombre tras ser nombrado inspector general de las escuelas provinciales. La madre de Lenin, una mujer cultivada y agnóstica gracias a su progenitor —un médico judío convertido por conveniencia al culto ortodoxo—, descendía a su vez de un alemán y una sueca establecidos en Finlandia. Esta herencia de distintas lenguas y tradiciones contribuirá a que sea el único revolucionario de su generación comparable culturalmente con Trotsky.

⁴¹ El primer y único libro propiamente dicho de Lenin —*El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1899)— presenta la emancipación del siervo rural como punto de partida para un proceso que escinde al campesinado en un sector de granjeros prósperos (los *kulaks*) y un sector empobrecido por la propia posibilidad de comprar sus tierras, al que llama «semi-proletariado rural». Ese sector coincidiría con el proletario en oponerse a la propiedad privada, por más que nunca veremos a Lenin realmente

a admitir que la victoria del socialismo pase por una victoria previa del burgués sobre la élite nobiliaria, y el *¿Qué hacer?* propone que la socialdemocracia rusa rompa con el «culto a la legalidad», algo introducido subrepticamente en el marxismo por Engels y el SDP alemán, obstinado en confundir democracia electoral con dictadura popular. «Mecanicista en vez de dialéctica», esa actitud traiciona la «eficacia» fiándolo todo al «desarrollo económico y sindical», cuando solo un Partido gestionado por revolucionarios «profesionales» puede asegurar el «centralismo», definiendo en cada momento la «línea general».

Por entonces el PSDR centraba su actividad en concienciar al operario de fábricas y talleres. Desde 1900 edita el *Iskra* («La Chispa»), un periódico en ruso impreso fuera del país que llegará a tirar hasta 8.000 ejemplares, dirigido por un consejo de redacción donde el criterio de Lenin era uno entre otros⁴². Pero la coexistencia se torna problemática desde el segundo congreso del Partido, iniciado en Bruselas y terminado en Londres, al que asisten todos los marxistas antiguos destacados, las dos estrellas nuevas representadas por Lenin y Martov, y el bastante más joven aún Lev Bronstein (1879-1940), Trotsky, nacido en una familia judía próspera, culta y librepensadora de Odessa, llamado a ser la persona decisiva para el éxito de la revolución⁴³.

convencido de ello, pues —a la manera de Marx— clasifica al rústico como un agente histórico anacrónico («atrasado»). «Nunca tuvieron tanta comida como desde la revolución», dirá dos décadas después en una entrevista, «pero siguen estando contra nosotros» (Lenin, en Russell, 1920, pág. 76). Su falta de «compromiso» confirma una «adoración a la propiedad privada más arraigada aún que la del burgués».

⁴² El consejo estaba formado por Lenin y su hermano menor Dymitri, dos «socialistas latinos» (Plejanov y Zasluch) dos «socialistas teutónicos» (Axelrod y Potresov) y un revisionista (Martov).

⁴³ «El más grande judío desde Jesús», según el periodista norteamericano J. Reed, Trotsky organizó el primer soviét (a finales de 1905 en San Petersburgo), orquestó el golpe de Estado de 1917 y ganó la posterior guerra civil como general en jefe del Ejército Rojo. Aunque luego borre esa referencia, Stalin reconoce en el *Pravda* de 10/11/1918 que «todo el trabajo práctico relacionado con el alzamiento se hizo bajo la dirección del camarada Trotsky». Por lo que respecta al carácter, Bertrand Russell escribió: «Trotsky tiene una inteligencia centelleante y una personalidad magnética. Es muy guapo, con su admirable pelo ondulado, y hace pensar en alguien irresistible para las mujeres. He podido tratarle muy poco y al verle pensé, quizá erróneamente, que su vanidad era superior incluso a su amor por el poder» (Russell, 1920, pág. 43). En el testamento político de Lenin se filtra algo análogo, unido a celos y recelo: «Trotsky no solo se distingue por sus habilidades excepcionales —pues personalmente es sin duda el hombre más capaz del Comité Central—, sino por una excesiva confianza en sí

Lenin acudió al Congreso sin disponer de nombre para su grupo —convencido solo de que renovaba la pendencia entre jacobinos y girondinos—, y con el plan de controlar tanto el *Iskra* como el Comité Central y el proceso de afiliación y expulsión. No sabemos si tenía previsto o no que acosar al Bund y a la vieja guardia provocaría la deserción de 13 delegados⁴⁴, pero aprovechó esa circunstancia para sacar entonces a votación su programa y bautizarlo como línea *bolshinstvo* o mayoritaria, a despecho de que el grupo etiquetado como *menshinstvo* o minoritario era y siguió siendo numéricamente más amplio. Incluso en ese preciso momento 28 delegados apoyaron a Martov, y 23 a él, sobre la cuestión fundamental: si el Partido iba a ser un foro pluralista o una organización limitada a revolucionarios profesionales. Viendo que un aliado coyuntural como Plejanov protestaba, Lenin no vaciló en disculparse —con un «me comporté históricamente, debido a la irritación»⁴⁵—, pues el cisma dejó desolados a todos. A pesar de ello, «siguieron riñendo cada vez más airadamente, ante el asombro de muchos, para los cuales era difícil entender por qué»⁴⁶.

En realidad, lo que faltaba era algún punto de acuerdo entre socialistas democráticos y comunistas mesiánicos, porque los primeros insistían en «mantenerse independientes para influir sobre la política de los partidos liberales y demócratas» (Martov), y los segundos reclamaban asaltar el poder sin demora:

«Lenin y Martov todavía se tuteaban, pero cierta frialdad empezaba a permear su relación. Martov vivía mucho más en el hoy, Lenin intentaba siempre rasgar el velo del futuro. Incluso antes de la escisión puede decirse que Lenin era “duro” y Martov “suave”, y que ambos lo sabían. A despecho de valorarle mucho, Lenin miraba a Martov con gesto de desconfianza, y éste bajaba los ojos con un estremecimiento

mismo, y una disposición a verse demasiado atraído por el lado puramente administrativo de los asuntos» (Lenin, en Trotsky, 1930, cap. 38). La expresión «lado puramente administrativo» podría traducirse en este caso por «escrúpulos».

⁴⁴ Primero se marcharon los ocho del Bund, protestando por una moción que le instaba a dejar de existir como «colectivo nacional» dentro del PSDR, y al poco los cinco de la Liga Socialdemócrata (Zasulich, Axelrod y Potresov entre otros). «Los ofendidos partidarios de ambos grupos se negaron a intervenir en la votación sobre el Comité Central, que pudo así formarse exclusivamente con partidarios de Lenin, llamados desde entonces bolcheviques» (Cole, 1975, vol. III, pág. 404).

⁴⁵ Cf. Priestland, 2010, pág. 93.

⁴⁶ Cole, *ibíd.*, pág. 405.

nervioso de hombros [...] El principio del centralismo revolucionario es exigente, áspero e imperativo, reservado a quien puede ser inmisericorde porque su meta está libre de cualquier elemento vil o personal»⁴⁷.

En 1906 a unos 13.000 bolcheviques corresponden 18.000 mencheviques⁴⁸, un dato quizá menos instructivo que la media de edad —el 75 por ciento de los primeros tenía menos de 30 años, en contraste con el 45 por ciento de los segundos— y la proporción de judíos no pertenecientes al Bund adscritos a cada rama, que ese año era del 10 y el 20 por ciento respectivamente⁴⁹. En 1910 el conjunto no llegaba a los 100.000 miembros, una cifra formidable o modesta dependiendo del punto de vista adoptado. Mientras tanto, la calamitosa guerra de expansión en Manchuria y Corea⁵⁰ electriza a todos los descontentos y en particular al Bund, que tras despedirse con un portazo del Congreso londinense decide darle una segunda oportunidad al PSDR, y es el principal organizador de una agitación capaz de doblegar a la autocracia zarista, y obtener la promesa de una monarquía constitucional⁵¹.

⁴⁷ Trotsky, 1930, cap. 12. Atónito ante la propuesta de «centralismo», Plejanov dijo a Axelrod: «De esa pasta están hechos los Robespierres». Zasluch se sintió «repelida psicológicamente», Axelrod recordó el «bochornoso precedente de Nechayev», y Trotsky —en principio el comodín de Lenin para controlar *Iskra*— coincidió con ellos, negándose a la «faccionalización». Cf. Trotsky, *ibídem*.

⁴⁸ La obra más amplia —Pipes, 1990— adolece de un anticomunismo militante, aunque el autor demuestra una erudición sin igual ya en su ensayo sobre el Viejo Régimen ruso (Pipes, 1997). Muchos rechazaron su retrato de Lenin como psicópata, dada la costumbre de atribuir a Stalin y otros las atrocidades bolcheviques desde 1907, aunque lo expuesto en su *Historia de la revolución rusa* quedaría puntualmente confirmado cuando los archivos oficiales se abrieron por orden del presidente Yeltsin.

⁴⁹ Cf. Pipes, 1990, págs. 364-365. Judío polaco por nacimiento, es de agradecer al autor que no opte por omitir o maquillar esa cifra, por lo demás solo relevante en el caso menchevique.

⁵⁰ Véase antes, pág. 560.

⁵¹ La versión soviética del Bund no es ociosa: «Los bundistas apoyaron constantemente a los mencheviques, sosteniendo una lucha incesante contra los bolcheviques. Aunque estuviese formalmente afiliado al PSDR, el Bund siguió siendo una organización de carácter burgués-nacionalista. Durante la guerra tomó partido por el socialchovinismo. En 1917 apoyó al contrarrevolucionario Gobierno Provisional, y luchó con los enemigos de la revolución socialista de octubre. Al ser evidente la victoria de la dictadura del proletariado, declaró que renunciaba a luchar contra el sistema soviético. En marzo de 1921 se disolvió, uniéndose parte de sus afiliados al Partido Comunista» (cf. *Jewish Bund*, en MIA).